



## Dossier *Crónicas Transatlánticas*

Coordinado por Paola Mancosu, Emilia Perassi y Laura Scarabelli

### ÍNDICE

<i>Presentación: 4EU+, una experiencia de didáctica internacional</i> Paola Mancosu, Emilia Perassi y Laura Scarabelli	p. 285-287
<i>Extranjero en mi propia ciudad</i> Katarína Ganobčíková y Kateřina Kavková	p. 288-289
<i>Nueva Praga</i> Katarína Ganobčíková y Kateřina Kavková	p. 290-292
<i>Diarios migrantes</i> Paloma Ferreras Tascón y Marianna Montanaro	p. 293-294
<i>Pasajeros</i> Benedetta Battimiello y Davide Guerriero	p. 295-305
<i>Fortunato</i> Airin Coccoda Reggio, Anna Mika y Marta Sciarretta	p. 306-308



## *Presentación: 4EU+, una experiencia de didáctica internacional*

por Paola Mancosu, Emilia Perassi y Laura Scarabelli

“Las palabras crean realidad”, nos recuerda la antropóloga Verena Stolcke (“A propósitos”). Y, en efecto, hoy más que nunca advertimos la urgencia de reflexionar sobre el peso que tienen los términos ‘fronteras’, ‘confines’ e ‘identidades’ en nuestras sociedades europeas donde, cada vez más, asistimos al rebrote de viejas y nuevas retóricas de exclusión que hacen temblar los pilares de una Europa imaginada como transnacional y plural (Stolcke, “Talking Culture”).

El curso “Fronteras, umbrales, confines: repensar la ciudadanía europea con la literatura latinoamericana migrante” (<https://4euplus.eu/4EU-198.html>), financiado por la Alianza universitaria europea 4EU+ (Educational Projects, Flagship 2), es fruto de la colaboración entre la Universidad de Varsovia (prof.ras Katarzyna Moszczyńska y Karolina Kumor), la Charles University de Praga (prof.ra Dora Polákova) y las universidades de Heidelberg (prof.ra Karen Saban) y Milán (prof.ras Emilia Perassi, Laura Scarabelli y Paola Mancosu). El proyecto tiene como objetivo el de hilvanar una red de cooperación entre docentes y estudiantes con el fin último de construir un sistema universitario capaz de indagar los mecanismos de construcción de un ‘Nosotros’ europeo pensado e imaginado culturalmente integrado. Un ‘Nosotros’ que sepa reconocer las identidades diversas que lo habitan. En efecto, en las complejas negociaciones entre identidades y alteridades (Restrepo), es gracias a la mirada de los



que se suelen llamar 'Otros', los 'migrantes', los 'extranjeros' que Europa puede reflexionar sobre quién es.

El curso, desarrollado entre octubre y noviembre de 2021, se ha basado en un diseño pedagógico innovador resultado de la colaboración entre las docentes, las y los doctorandos y las y los estudiantes de las cuatro universidades. Aprovechamos esta oportunidad para agradecer a Alice Nagini, Marianna Montanaro, Simone Ferrari (Universidad de Milán), Federico Cantoni (Universidad IULM, Milán), Katarzyna Kowalska y Zuzanna Germek (Universidad de Varsovia) por habernos acompañado, con entusiasmo y compromiso, a lo largo de este curso y, sobre todo, en las actividades de tutoría con los y las estudiantes. La red 4EU+ ha dado vida a un curso intercultural y colaborativo centrado en el aprendizaje activo donde se han problematizado los conceptos de identidad y ciudadanía europea a través de las representaciones literarias elaboradas por escritoras y escritores latinoamericanos como Syria Poletti, Andrés Neuman, Gabriela Wiener, Patricio Pron, Ariana Harwicz, Esther Andradi, Juan Carlos Méndez Guédez, Ch'aska Anka Ninawaman, Marcela Terra y Denise Ducan.

Inspirada en la lectura crítica de las obras de estos autores y autoras, la escritura creativa y colaborativa ha sido parte de nuestro recorrido y, en esta ocasión, publicamos las crónicas escritas por las y los estudiantes, experimentaciones creativas sobre la cuestión migrante en Europa: "Extranjero en mi propia ciudad" y "Nueva Praga" de Katarína Ganobčíková y Kateřina Kavková, "Diarios migrantes" de Paloma Ferrera Tascón y Marianna Montanaro, "Pasajeros" de Benedetta Battimiello y Davide Guerriero y "Fortunato" de Airin Coccoda Reggio, Anna Mika y Marta Sciarretta.

Un gran agradecimiento va a Alice Nagini, Marianna Montanaro, Simone Ferrari (Universidad de Milán), Federico Cantoni (Universidad IULM, Milán), Katarzyna Kowalska y Zuzanna Germek (Universidad de Varsovia), por su cuidadoso y comprometido trabajo de asesoramiento durante la gestación de los textos y por su apoyo en el proceso de edición del dossier. Un gracias especial también a Ana María González Luna, Ana Sagi-Vela y Mercedes Aguado Martín por su imprescindible aporte en la revisión lingüística de los distintos trabajos creativos de las y los estudiantes.

Estos relatos son el resultado de los trabajos grupales de los y las estudiantes de las cuatro universidades y de su profundo compromiso con un tema tan urgente y actual como es el de la migración. Sus crónicas reflexionan, de modo crítico y creativo, sobre la complejidad de los fenómenos migratorios y la construcción del imaginario europeo. Su escritura contribuye a fundar los cimientos de una comunidad europea intercultural presente y futura. En efecto, mediante las palabras construimos la realidad.

## BIBLIOGRAFÍA

Restrepo, Eduardo. "Indentidades: Planteamiento teórico y sugerencias metodológicas para su estudio." *Jangwa Pana*, núm. 5, 2006, pp. 24-35.

Stolcke, Verena. "Talking Culture: New Boundaries, new Rethorics of Exclusions in Europe." *Current Anthropology*, vol. 36, núm. 1, 1995, pp. 1-24.



---. "A propósitos de fronteras y mestizajes". *Fronteras y mestizajes. Sistemas de clasificación social en Europa, América y África*, editado por M. Ventura i Oller. Universitat Autònoma de Barcelona, 2010, pp. 19-23.

---

**Paola Mancosu**

Università degli Studi di Milano

[paola.mancosu@unimi.it](mailto:paola.mancosu@unimi.it)

**Emilia Perassi**

Università degli Studi di Milano

[emilia.perassi@unimi.it](mailto:emilia.perassi@unimi.it)

**Laura Scarabelli**

Università degli Studi di Milano

[laura.scarabelli@unimi.it](mailto:laura.scarabelli@unimi.it)



## *Extranjero en mi propia ciudad*

por Katarína Ganobčíková y Kateřina Kavková

Soy un hombre de 70 años. Nací y crecí aquí en esta ciudad, pero decidí abandonarla hace muchos años. Decidí dejarla aquí solita en las manos del régimen.

Ya ha pasado un año. Ya hace un año que estoy aquí, que estoy en casa.

Cada día salgo de casa a las seis en punto. Paso por una calle muy oscura. Después de 300 metros giro a la derecha. Paso por delante de la taberna y sigo todo recto. En la plaza me fumo un cigarrillo y miro las fachadas de los edificios, las torres y las estatuas.

No reconozco estos sitios. Me siento extraño. Pero creo que esto les pasa a todos los recién llegados.

Paso todo el día trabajando. Salgo del trabajo a las seis en punto. En el puente me detengo, me fumo un cigarrillo contemplando la hermosa vista. Vuelvo a casa, como y me acuesto.

...

Soy un hombre de 70 años. Nací y crecí aquí en la ciudad de Praga, pero decidí abandonarla hace muchos años. Decidí dejarla aquí solita en las manos del régimen comunista.

Ya ha pasado un año. Ya hace un año que estoy aquí, que estoy en casa.

Cada día salgo de casa a las seis de punto. Paso por una calle muy oscura que se llama Dražického. Después de 300 metros giro a la derecha. Paso por delante de la taberna U bílé kuželky y sigo todo recto. En la plaza Staroměstské náměstí me fumo un cigarrillo y miro las fachadas de los edificios de la Galería Nacional, Mansfeldský palác; la torre de Reloj Astronómico de Praga, la torre de Iglesia de San Nicolás y la torre de la Iglesia de



Nuestra Señora ante Týn. En cuanto a las estatuas, detengo mi mirada en el Monumento a Jan Hus y en la Columna de Peste.

No reconozco estos sitios. Me siento extraño. Pero creo que esto les pasa a todos los recién llegados.

Paso todo el día trabajando. Salgo del trabajo a las seis en punto. En el puente de Carlos me detengo, me fumo un cigarrillo contemplando la hermosa vista del Castillo de Praga. Vuelvo a casa, como y me acuesto.

Me siento extraño. Me siento tan extraño como el extranjero que está leyendo este texto. Somos iguales. Este lector extranjero y yo. Ninguno de nosotros conoce la ciudad.

El Puente de Carlos, la Galería Nacional, Mansfeldský palác o la torre del Reloj Astronómico de Praga. Todos estos topónimos deberían ayudarnos a conocer más la ciudad, deberían ayudarnos a sentirnos más como en casa. Pero un par de topónimos y un mapa no logran sustituir años de experiencias y memorias, que no poseo yo, ni tú, querido lector.

Así, tanto para mí como para ti, querido lector, esta ciudad sigue siendo ajena.

---

**Katarína Ganobčíková**

Universidad Carolina de Praga

[categanobcik@gmail.com](mailto:categanobcik@gmail.com)

**Kateřina Kavková**

Universidad Carolina de Praga

[kavkovaka@gmail.com](mailto:kavkovaka@gmail.com)



## *Nueva Praga*

por Katarína Ganobčíková y Kateřina Kavková

1968

Había vivido aquí hasta mis diecinueve años, hace ya más de cinco décadas, era un jovencito aparentemente preparado para célebres estudios en Nueva York. Con los maletines empacados en mi habitación, no podía aguantar las ganas de salir, aunque tuve que salir en menos de seis días. Aquella noche no podía dormir, como si supiera o adivinara la situación. Escuchaba la portavoz sin realmente procesar las anunciaciones.

Dije a mi Madre, "Estoy aterrado, el zurrido y los relámpagos, no lo superaremos tan fácilmente".

Sin expresión en su cara me respondió, "Estaré contigo, con mi mano sobre tu cabeza cuando te vayas".

Mi padre tenía una herida severa en su alma. "Recuerda, mi hijo, cómo nos engañaron".

En aquel momento me habría gustado fingir que papá se equivocaba. No quería creerlo.

La noche avanzaba, de repente quería que siguiera y siguiera. Como si supiera que se trataba de la última noche en familia.

Salí ya al día siguiente. Nueve días antes de empezar mi semestre.

### NUEVA YORK

Como cada bachiller sin preocupaciones y trabajo fijo complementaba los estudios de arquitectura urbana con clases optativas de filosofía. Siempre me sentía un insecto entre los caballeros elitistas de Nueva York. Alabaron a Kafka, pero no admitirían cucarachas de Europa Soviética. Yo, con mi permanencia e intención de caer bien entre ellos lo conseguí, o, mejor dicho, me dejaron en paz.



Mis padres me escribieron frecuentemente, diría que estaban aliviados por mi ausencia allí y a la vez orgullosos de mi prosperidad. Poco a poco suprimía interés sobre mi patria y familia, mi bolsillo. A veces siento que mis padres han arreglado mis estudios en América a propósito, como si supieran de antemano que mi país no se desarrollaría. Como si predijeran que el barroco y el gótico estarían rodeados de enormes gigantes grises que se expanden rápidamente y con su monstruosidad perturban la singularidad de la ciudad. Tal vez esperaban que algún día regresara y con mi educación revertiría esta miseria de los tiempos modernos. La época que glorificaba el progreso artificial. Tiempos en los que los monstruos crecieron rápidamente y se arrogaron alturas, aunque tenían el problema de que nunca pudieron meterse en el alma de la sociedad.

Poco a poco, delante de mis ojos se desarrollaba cada vez más la metrópoli de Nueva York, y sin exagerar yo también tenía algo que ver con eso. Me atrevo a decir que mis gigantes grises, en cambio, han sido capaces de meterse en el corazón de los habitantes, les han dado su propia individualidad y carácter. A pesar de mi posición y bienes, pasé toda mi vida, más de cincuenta años, en mi departamento en Elkmont Ave. Siempre hacía frío en Nueva York, pero a mí me gustaba donde vivía. Oía cómo tocaban música en la calle hasta la tarde. Por la mañana tomaba un café con un cigarrillo, iba al baño, me afeitaba, me vestía, iba a la oficina con pasos tácitos, para que no me vieran. Por las tardes iba a tomar vino, leía sobre arquitectura mundial o tocaba el piano, como lo hacía mi madre.

Como pueden ver, viví toda mi vida de forma anónima y nunca me acomodé. No es que no quisiera, simplemente no podía. No obstante, de alguna manera me gustaba el sentido de no tener una casa permanente. En cuanto a las relaciones románticas, me quedé atascado en los tiempos de mis estudios en la escuela secundaria. Me enamoré platónicamente de una amiga y ex compañera de mi madre, quien me enseñó a tocar el piano. Una de las cosas que realmente lamento es que nunca se lo confesé. Sin embargo, su esposo probablemente vendría a romperme la boca y le haría una gran desgracia a mi madre. La profesora de piano, aunque ya fallecida, sigue siendo el único amor de mi vida. Cada vez que intentaba encontrar una mujer como ella, tenía la sensación de que las muchachas con aspecto similar solo eran una versión fallida de ella.

La maldición de mi vida probablemente será que no soy capaz de adaptarme a la situación, incluso a esa. Al mismo tiempo, soy consciente de que a veces pienso demasiado y estoy encerrado en mi propio mundo, lo que puede cansar a las personas que me rodean. Básicamente, no me sorprende que haya vivido solo toda mi vida.

## NUEVA PRAGA

El año pasado me mandaron una carta de la República. Cuando mis padres ya no vivían, el apartamento quedó inhabitado. Al estar ya jubilado y agotado de la gente ruidosa, de abajo, de arriba –de ambos lados de mi apartamento– sentí la oportunidad de quedarme sin atención y en el silencio en la casa de mi niñez.



Siempre hacía frío en Praga, pero a mí me gusta donde vivo. Oigo como tocan la música en el bar cercano por la tarde. Cada mañana tomo un café con un cigarrillo, voy al baño, me afeito, me visto, voy al parque con pasos tácitos, para que no me vean. Por las tardes tomo vino en el centro, leo sobre arquitectura o toco el piano, como lo hacía mi madre. Me siento un insecto entre los jóvenes y los turistas de Nueva Praga. Yo con mi permanencia, intentaré caer bien entre ellos a pesar de mi maldición.

No puedo dormir esta noche, como si supiera o adivinara la situación. Escucho la radio sin procesar realmente las anunciaciones.

Mucha gente está aterrada, al este de nosotros se puede oír el zurrido y los relámpagos, ahora más tremendos. No me voy a ninguna parte esta vez, ya no tengo motivo.

Todos tenemos una herida severa en nuestras almas. "Nos engañaron otra vez".

---

**Katarína Ganobčíková**

Universidad Carolina de Praga

[categanobcik@gmail.com](mailto:categanobcik@gmail.com)

**Kateřina Kavková**

Universidad Carolina de Praga

[kavkovaka@gmail.com](mailto:kavkovaka@gmail.com)



## *Diarios migrantes*

por Paloma Ferrera Tascón y Marianna Montanaro

Todos los días sigo andando por las calles de esta laberíntica ciudad, todas peculiares y con nombres diferentes, pero a la vez siempre iguales a sí mismas...

Recuerdo mi llegada a esta tierra, cuyas imágenes tímidas y borrosas siempre llenaban mis sueños cuando vivía con mi familia en Marruecos. Allí estábamos gobernados por la pobreza, la hambruna, la guerra y la violencia y por deseo de escapar. En mis fantasías nocturnas, imaginaba un mundo posible a la otra orilla del Mediterráneo, en el cual dominaran el altruismo, la inclusión y la tolerancia.

Pronto, este imaginario relumbrante se esfumó y, al pisar tierra, desperté de sobresalto: después de haber transcurrido muchos días y muchas noches en una patera en el medio del mar con centenas de personas, al principio desconocidas y después hermanos, encontré calles vaciadas por la Guardia Civil, persianas cerradas, escuelas evacuadas. En el aire reinaba el miedo, el desasosiego, la desconfianza y la indiferencia.

Hoy es el 23 de diciembre, el día antes de Nochebuena y después de algunos meses desde mi llegada miro a mi alrededor y me doy cuenta de que Europa no existe. La ciudad está habitada por miles de individuos que transitan por las calles de Málaga: hombres, mujeres, familias enteras andan por las calles totalmente ensimismados, atrapados en el sistema capitalista y consumista que los devora. Transitan sin un destino definido, con bolsas llenas de regalos, ya que las materialidades inasequibles son la única vía admisible para demostrar el cariño. Yo los veo en todas sus inexactitudes, pero ellos no pueden verme. Recelosos, cuidan de su universo tangible y se alejan de cualquier potencial amenaza: pobres, migrantes, sin techos... en fin, personas como yo, suma de alteridades, desechables, sin importancia alguna. Despojada de mis sueños, habito las avenidas más céntricas de la ciudad, siendo una acumulación etérea de desengaños y desesperanza. Veo a muchos niños, almas puras, todavía no contaminadas, tarareando canciones navideñas, sacando fotografías con falsos Papás



Noel. Me lanzan unas tímidas sonrisas. Entonces, me doy cuenta de que ¡ellos me ven! Todavía la cultura de la indiferencia no los ha contagiado. Mis jornadas están dominadas por una deslumbrante invisibilidad, por la soledad indecible transmitida por las gentes que me rodean, por la frustración de mis sueños en pedazos, por el temblor que sacude mi cuerpo siempre que veo a la Guardia Civil. Entonces, en estos infinitos instantes, espero desaparecer. ¡Ojalá nunca mis ojos crucen sus miradas inquisitoriales cuando transitan por las calles en busca de cualquier tipo de irregularidad para borrarla del mapa! Yo soy la irregularidad que buscan y ellos son los dioses, quienes deciden si uno puede o no puede entrar a lo que queda de Europa. Recuerdo que cuando llegué, al ver la policía suspiré por el alivio: “ellos son los que nos salvarán, quienes nos ofrecerán una nueva vida”. Enseguida me di cuenta de que nos iban a quitar nuestras vidas, convirtiéndonos en paquetes para devolver al remitente...

Es la una de la tarde. Aún en pleno día, esta ciudad me parece oscura, abstraída en el incesante proceso productivo, gobernada por el Dios dinero, habitada por seres humanos convertidos en máquinas. Me encuentro con el único claror de esperanza que vislumbra mi existencia siempre a la misma hora y en el mismo sitio: Juan, el dueño del restaurante “Comida sin fronteras”, en calle Larios, sube la tienda metálica del negocio y yo soy la primera en entrar para comer con él antes de que empiece a trabajar. Solo gracias a él, en estos momentos me siento mejor que en Casa y entiendo qué significa ‘solidaridad’.

---

**Paloma Ferreras Tascón**

Uniwersytetu Warszawskiego

[p.ferreras-tas@student.uw.edu.pl](mailto:p.ferreras-tas@student.uw.edu.pl)

**Marianna Montanaro**

Università degli Studi di Milano

[marianna.montanaro@unimi.it](mailto:marianna.montanaro@unimi.it)



## *Pasajeros*

por Benedetta Battimiello y Davide Guerriero

### PRÓLOGO: UNA BALADA PARA MR. SANDMAN

La sala se llenó del murmullo que se extendía en la oscuridad de la espera. Un crujido de seda se movía sinuosamente entre *juncos* de sillones derrumbados y al mismo tiempo tan agraciados, de púrpura pálido y oro mordisqueado engalanados, mientras que al unísono los listones del piso de nogal también temblaban en la espera, surcados, pelados y desteñidos por un péndulo de pasos que iban y venían dentro de un círculo perpetuo y continuo: de adentro hacia afuera, de afuera hacia adentro. Las puertas seguían parpadeando convulsivamente, abanicando sin pausas o tiempos suplementarios como las entradas deslizantes de los *saloons* en las horas más calurosas de la tarde. Un barajar y un zumar rápido dentro de una penumbra de formas apenas dibujadas, de frases rotas y estropeadas entre un ruido y otro, olvidadas y perdidas en medio de un arpegio de yemas ahora, en el temblor del arco del violín después, de una tos, de una garganta que aclara su timbre o de un acorde ya pronto abandonado en favor de otro, más titubeante y sin duda alguna digno de atención del primero; ahí está, todo esto constituía esencialmente el teatro antes del teatro, la representación misma que se auscultaba y se tomaba en serio. En cierto momento, sin embargo, el silencio finalmente cayó sobre los presentes como un juicio divino y se generó un mundo aparte en una fracción de segundos, una cosmogonía que se imponía de repente tras el relámpago de los reflectores vigilantes, atentos e inflamados sobre el escenario en el cual todo se irá a cumplir, viviendo poco a poco por voluntad propia. ¡Y la luz fue! De esta forma, siguiendo el ataque marcial de la *Tango Ballade* de Kurt Weill, arreglada para piano, acordeón y saxo, Mr. Sandman hizo su entrada perturbadora y triunfal.

(El telón se levanta y la música empieza a sonar seguida por un hombre-rata con una librea estilo *à la française* siglo XVIII azul petróleo, fieltrada con puños y mangas repujadas, camisa de muselina con el cuello bajo pero arruinado, *culottes* a juego de dos tallas más pequeñas, en raso detenido en la rodilla, seguido de unas medias de seda gris, llenas de agujeros y latigazos a los costados, y por fin unos zapatos puntiagudos estilo Luis XIV de segunda mano con un tacón menos.



Deambula por la escena fumando y delirando sobre el hecho de ser el guardián del tren que está detrás de él. Como prueba de ello, nos muestra con orgullo su gorra de conductor, seguramente sacada de un mercadillo, y una placa identificativa, que se revelará pronto como nada menos que un cupón de descuento de un *Happy Meal* de McDonald's, quizás agarrado en un cubo de basura cualquiera cerca de la estación)

Mr. Sandman trata de persuadir al público de sus intenciones y dice así: ¡No me darías ni dos centavos, ya sé lo traviosos y tacaños que sois! De todas formas, soy una persona sensible yo. ¡Claro que sí! De hecho, me atrevería a decir, sin caer en alguna megalomanía, de ser uno de los últimos héroes de estos tiempos. ¡A la mierda! ¡Probablemente el más grande, y finalmente alguien lo dice sin pelos en la lengua! ¡Seguro! ¿Por qué? ¿No lo crees?

¡Lo digo yo, calmadamente yo! Al fin y al cabo, ¿quién mejor que yo me conoce desde hace tantos años?, ¿no? ¡Prácticamente una garantía! ¡Obvio! Basta pensar en la época en que estuve a punto de recibir el Premio Nobel de bioquímica molecular aplicada a la filosofía cuántica, la cual, bueno, ni siquiera existe, pero no se lo digas a nadie, ya que hay gente que aún cree en Papa Noel o *Beelzebub* y yo soy una persona de buen corazón, de hecho, la única de estos tiempos, ¡oh sí!, esta es la realidad de los hechos... De todos modos, la moraleja de esta historia es... nada, nada, una preocupación como otras tantas, una nadería juvenil, nada más. Sí. ¡Claro! ¡Obvio! ¡Porque, después de todo, ciertamente no fui yo quien le hizo una propuesta de matrimonio tan indecente a la princesa de Suecia! ¡En todo caso, fue ella quien me hizo una corte despiadada y luego me ofreció desesperada una dote de matrimonio tan ridícula! Pobrecita... recibo una renta importante cada cuatro años, yo que de vez en cuando me complazco en fotografiar los charcos en los funerales de los hijos octogenarios de algunos de mis amigos del barrio obrero de aquí al lado que apenas tienen treinta años. ¡Increíble! En cualquier caso, ciertamente no estoy aquí para exacerbar viejas heridas. ¡No! ¡Claro que no! De todas formas, estoy parpadeando libremente... Bueno, aunque todavía nadie realmente crea en eso, soy, y lo juro por la Biblia y la construcción de los Estados Unidos de América, culpable, sí, culpable. Soy, ahora que tengo el deseo de decírselo a todos, el conductor del tren que ven aquí detrás de mí. ¡No es un juego para mocosos que todavía toman leche de los pezones de su madre o con los dientes decaídos y torcidos de baby-vampiro hambriento de *Chupachupas* con sabor a cereza! ¡Todo esto es real, cien por cien auténtico! ¡No es broma! ¡Nada que ver con los modelos de construcción!

No necesitaría ni siquiera de una presentación, pero desde el momento que me encuentro en presencia de tan gran carencia, os ofrezco la oportunidad de disfrutar de un repasito muy útil. ¡Y hay que decir que también habéis pagado la entrada! Sí, sí, sí, pocas excusas... ¿Cómo? Ja ja ja, ¿nadie les dijo? Vosotros sois mis invitados por esta noche, testigos incómodos, en sillones incómodos, sí, sí, ¡queridos amigos... que luego no lo sois! ¡Pendejos, que no sois más que unos cabrones codiciosos, sinvergüenzas, vendedores seriales de ilusiones, fétidos y corruptos bastardos! Pero basta con la adulación, que se os sube a la cabeza y no me parece el caso... ¿Sabéis que tengo una



reputación que mantener y no juego el papel del *cerdo-romántico* con todos y todas? ¿Os parece? ¡No, no, claro que no! Sin embargo, estaba diciendo que yo, nada menos que el gran y noble *Herr Sandman Apfelböckstrakhoffenjägermeisterzurück-Kommenintraurigverlegenheitaufwiedersehsehnsuchthimmelkeinstunde*, y la lista continúa, pero para los amigos, Wanda, ¡os doy la bienvenida dentro de mi humilde morada! Sí, sí, así es, luego os lo escribo todo, una cosa exagerada con once ceros que nunca termina, con la que vamos a hacer en un ratito una transferencia bancaria linda, linda, y no hablemos más de esto. ¡Sí, obvio! ¡No tengo la mínima intención de haceros algún descuento, queridossss! ¡Nadie os salvará de la *Comédie*... nooooooo! ¡Eso no tiene nada que ver con la de Balzac! ¡Vaya eruditos e idiotas que sois! ¡Nadie os salvará de vuestra comedia humana!, la que lleváis día tras día, el habitual lienzo trillado y retraído en el que os deleitáis en las partes más dispares y desesperadas. ¡Afrontémoslo sin problemas!, tanto aquí nadie puede escucharnos, ¡y sed honestos al menos por una vez en vuestra vida descuidada y sombría! Os dedico este viaje de un día, en la mejor tradición de la dramaturgia clásica, porque aquí se está haciendo una cosa seria. ¡Carajo! Una oda a todos vosotros: a los culturistas del domingo, a los gaseados de testosterona a mil, a las prima donna, a las últimas, a los que luchan y al final no alcanzan el resultado esperado, a los pianistas graduados en la Academia de Ciencias Sociales y a los todoterreno del *Like*, del *Super Like* y del *Me gusta*, a los que saben todo y quieren solucionar guerras religiosas, enfermedades y calamidades movidos por el *vino veritas* de su trago de vino tinto milagroso, y en fin, a cada uno de ustedes sentados ahora aquí en esta sala, pasajero disfrazado de este tránsito un poco extravagante, bastardo, injusto y, me cae si no es verdad, que es la vida. ¡Y ahora creo que es el tiempo de despedirnos! ¿Qué es este ruido? Estoy tan cansado de jugar con vosotros y no me queda más que lanzaros una maldición linda, linda, y dejaros en vuestro patético destino, o tal vez sea más correcto decir, dadas las circunstancias, dejaros en vuestra patética destinación. ¡Me voy! Saludos cordiales ¡y no me busquéis por ningún motivo, no os molestéis en hacerlo! ¡Sé ya dónde, cuándo y cómo encontraros, no os preocupéis! ¡Muaaaa!

(Mr. Sandman desaparece de la escena haciendo estallar un petardo rojo que deja tras de sí una nube fatal que parece tragarlo detrás de una pared de vapor. En ese momento los actores suben al escenario tomando el control del espectáculo para comenzar a dar sustancia a los tres actos de la comedia.

Es desde este momento que *PASAJEROS* puede empezar.)

### KURAYAMI-SAN (9:15 – 9:32)

La voz nadaba deslizándose dentro del cabello a medida que subía gradualmente por las paredes *arteriales* de los auriculares, y los bajos bombeaban, burbujeaban desde el otro extremo del lóbulo derecho de manera muy distinta. Como carpas en un lago, los sonidos se rozaban y se perseguían ondulando, perdidos, olvidados, tendiendo a seguir un flujo siempre cambiante de tonos. Al fin y al cabo, la vida era eso, reverberación, una



corriente de aire entre una pausa y otra, o al menos eso pensaba yo cuando precisamente en una de esas pausas, entre una cosa y otra, entre un acto y otro, perdí la cabeza de manera muy simple. Veo el recuerdo de esa impresión expandiéndose y diluyéndose dentro de la realidad habitual como si nunca se hubiera esfumado del todo, casi imposible de erradicar: un íntimo *vástago* que brotó suavemente de una de mis zonas oscuras, alimentado por la feroz sensación de haber descubierto algo de mí mismo que aún ignoraba. Había roto el más profundo de los tabúes en el momento en que finalmente encontré la fuerza necesaria para dar sustancia a mi voluntad, evaluando así, de repente y sin miedo, si abalanzarme sobre Makoto y robar su vida en el latido sincopado y arrítmico de apenas unas horas más. Lo hice acompañado de una intimidad inesperada, desprovista de cualquier tipo de inhibición o tormento. No me arrepiento para nada, lo único que importaba en ese momento era establecer un contacto, arrancarle su secreto, lo que básicamente cada uno guarda dentro de sí mismo y casi nunca deja escapar del armario, en definitiva, lo que le pedía a Makoto en ofrenda dentro de nuestro baile era que se me revelara como nunca lo había hecho. Revelarse para revelarme, un juego de espejos difícil de matar, pero que nos gustaba, nos divertía, al fin y al cabo. Al principio todo empezó así, como un juego, una apuesta, nada más, nada menos que una provocación... una farsa tendiente a convertirse pronto en otra cosa, en algo mucho más complejo, mucho más completo. Makoto no tenía idea de en qué iba a participar. ¿O tal vez de alguna manera lo sabía y estuvo de acuerdo de todos modos?

La voz de su audiolibro seguía incesantemente entrando en círculo, no dejaba de latir ni un solo instante, a diferencia de su corazón que ya llevaba varias horas despejado dentro de una bolsa de plástico, a su vez confinado en la *Siberia* de mis sentimientos o, más bien, dentro del congelador en el que pensé guardarlo y honrarlo. En cierto modo, todo esto tiene algo de romántico, ¿no? Y ahora llega el golpe en la cabeza. De repente se alcanza el *clímax*, ahí viene: "MRS DALLOWAY SAID she would buy the flowers herself [...] What a lark! What a plunge!". ¡Qué alegría! ¡Qué zambullida! En el hilo de estas palabras inconexas reboto hacia delante, me dejo estropear por el regreso de la ola: un grito estridente, un crujido metálico que se había roto sobre mi sueño y había desarraigado de mí cada residuo de la señora Dalloway y sus flores. Todo se fue, se desvaneció, se secó, casi como si la arritmia del tren y sus saltos del latido por un rato, luego otro y otro más, me tragarán en las fauces de la mañana de manera inapelable y definitiva. Solo bajo el sol, así pensaba, haciendo brotar la idea de mi boca mientras tanto, en la *convulsión* del día, en el reverso del vómito que anunciaba el inminente despertar a pocos milímetros de la concreción y de la plena conciencia. El retroceso del golpe me había hecho apretar la cabeza con fuerza, lo justo para darme la vuelta: los auriculares rotos jadeando con la voz de Virginia en un rincón olvidado del asiento de piel sintética que aún olía a nada a esa hora, los humores del primer café del día estrellados contra la resistencia insoportable de la camisa, la cual se ha vuelto con el correr de los segundos cada vez más arrugada y débil, y luego en el vientre, él también atormentado por los tumultos y por los desórdenes de una venida al mundo desde el principio tan vulgar e ingrata. Sin pausa, sin ningún paréntesis, regurgitado de la nada como un aborto en un momento de locura ordinaria, en un día como todos, como



tantos otros, porque al fin y al cabo no había un día preciso o un aniversario particular mejor que otro para perder la cabeza y mandar todo a la mierda. Simplemente pasa, nada más.

La emoción de la gran altura, un ascetismo disparado en dirección al vértice a la manera de una bala destinada, fatal, o quizás incluso más como un *kamikaze* que se precipita hacia el orgasmo, e inmediatamente después, una vez roto el muro del sonido y de cualquier emoción, la caída del ángel, la nada, el vacío, la dispersión. Una fuerte deuda de oxígeno acompañó mi hundimiento en las entrañas de la verdad que el sueño evitaba recortar y centrar. Me faltó objetividad. A estas alturas viajaba sobre todo por *sinestias* y asociaciones extrañas, y me era casi completamente imposible poder discernir la moralidad, la causa y la causa contribuyente de los recientes acontecimientos, que se me presentaban arrastrados por la marea de un carrete enloquecido que vaga y lisérgico retrocede y se contrae en la curva del ojo en tirones e intermitencias. La luz atravesaba la película de mi imaginación y, mientras devoraba los kilómetros de camino a casa, seguía acumulando cortocircuitos y callejones sin salida en los cuales vívidamente permanecían preguntas como: ¿Fue la sacudida momentánea del tren lo que me hizo chocar y causar la hemorragia? ¿O un aumento de presión? ¿Qué es realmente este gorgoteo que abraza y mezcla los colores, las formas, y en fin los succiona como un embudo en la boca cavernosa de mi corazón de tinieblas que aún languidece, un hambre que ha quedado abierta y que seguirá así, aunque para ella haya enviado al matadero a un muchacho de apenas veinte años que tuvo el único defecto de vagar solo en el bosque maligno de la ciudad en plena noche? ¿Quizás fue solo el destino el que quiso que se uniera esa noche y encontrara su final en Kurayami? Con el corazón subiendo y rugiendo a lo largo de las paredes de mi garganta, traté de mover mi instinto de vomitar abajo, en el fondo, más y más abajo, mientras la erección tendía a la elevación, arriba, cada vez más arriba, como si fuese una *flecha* de placer a punto de disparar para prender fuego al bosque de mi psique, el mismo bosque pútrido e insalubre en el que Makoto se había enredado en el abrazo de sus ramas como un insecto en una telaraña.

El sangrado de la nariz no daba señales de detenerse, el *decantar* en la boca de sus notas ferrosas mezcladas con puntos de dulzura aún me hablaba de él, él, él, siempre de él: de él que olía pero no veía el peligro a su alrededor, de su ceguera, y luego todavía él, otra vez él, que comienza a dudar y a adivinar algo que ciertamente cambiaría para siempre, que estaba en el aire, en el instante en que tan rápidamente se pasó de hacer el amor al mordisco del cinturón apretado alrededor de su cuello. Y finalmente siempre y siempre él con los ojos desorbitados, ovillados, mientras necesitaba comprender y captar el momento, ese momento irrepetible, fugaz y único que es la muerte. Una *petit mort*, una muerte pequeñita entre nosotros, mirándola bien, que no dejaba de susurrar al oído: "What a lark! What a plunge!". ¡Qué alegría! ¡Qué zambullida! Ahora mismo tengo en mis manos un mechón de tu cabello, un fragmento tuyo que logró escapar de la masacre de anoche en mi club y que ahora vive como muestra de amor de nuestra historia, como prueba de nuestra intimidad. Para ti yo era el punto, Makoto, pero ¿quién dice que quiero pararme aquí?



MIRIAM + GAVANO (12:45 – ?)

*El plano subjetivo de Miriam*

El corazón tropieza en la trampa, impacta con el costado, es un corsé de hueso que me duele, me aprieta, me obliga y me hace pensar. La persecución de mis sentidos se desgasta y se rompe en menos de unos segundos en la comprensión de este pacto sancionado con el cuerpo, con su densidad y con un karma tan pesado: no era un buen día. Estaba llena, entera y alerta como una luna soberbia, como una esposa de Drácula que desconcertaba su sed y su anorexia con medios que no le convenían, pero ¿a quién iba a engañar yo de todos modos? Estaba en plena abstinencia, eso es, y se notaba. Una muñeca rusa embutida en los niveles más profundos de su propia necesidad asfixiada ahora a la intemperie, sin el beneficio de la duda ni de ninguna prueba en contrario, dispuesta a exonerarme del estigma del juicio y la fácil clasificación. Tóxica, puta, ladrona, bastarda, delincuente, entristecida, loca... un mantra que se desenrollaba continuamente en la oración del cerebro a la lengua, de la lengua tragada una y otra vez en el cerebro, absorbida y digerida entre las ramificaciones de las entrañas, a lo largo de las venas y luego escupida en el ciclo, y, sin embargo, a pesar de todo, sigue ahí, flotando, en círculo, en mí, parte de mí. Separar la idea de mí en la espiral de las drogas de la de mí cuando aún estaba lejos y sin saber nada de esto ahora se había convertido en un acto casi imposible. El corazón tropieza en la trampa, mi pasión se detiene aquí. Ella también posesiva y asfixiante, como en efecto era la vida con su voluntad, sus cuentas por pagar *ad aeternum* en un tiempo demasiado corto, y como, en el fondo y a su propia manera, lo era también ese recordatorio de mierda imprimido en el teléfono que no hacía más que recordarme como un *memento mori* la cita de las 14:30 con el equipo médico y mi *coach*.

Asfixiante sí, no encuentro otras palabras para decir todo eso, de hecho, la palabra ya no me alcanza, ahora en realidad es el momento del vómito, es la hora de sacar todo y dejar que la verdad me desborde: abro el cierre clic clac de la bolsa y en el ímpetu del lanzamiento vierto en ella todos mis pensamientos al respecto. El chorro brota de los labios entreabiertos que cuelgan con un movimiento a veces hipnótico, mientras siento la afirmación ácida del fluido gástrico en medio de muchos bocados malolientes, tal vez un sándwich de atún y mayonesa, tal vez unas papas fritas en papel aluminio, o quizás un chicle de menta junto con un regusto de cola de limón... y pienso mientras reflexiono, sí, sobre la jaula dentro de la jaula en la que estaba: perdida en la articulación, atascada, ¡realmente jodida! El corazón tropieza con la trampa y me siento morir cuando vuelvo en mí y me reanimo de la zambullida de doble tornillo de las arcadas perladas de sudor, pálida como una sábana y jadeante dentro del mundo aparte del carruaje que me lleva hoy hacia paradas desconocidas y un incierto destino. Una incursión hecha de psicodélicos en movimiento rompía repetidamente contra la curvatura del ojo y mientras tanto la pupila se dilataba en el éxtasis del viaje semejante a un capullo de ténpera que gotea en la eclosión todos sus colores y cada uno de sus estados de ánimo sobre el lienzo desnudo. Un tamiz de tonos primarios ya se había convertido en pupilas, la abstinencia también estaba hecha de eso, de una lenta y áspera separación de un ex



que no te concibe sin él. Simplemente y sólo mía: “¡no, no, no, y otra vez no!”. El divorcio de la heroína no hubiera sido sencillo, ¡oh no!, por supuesto que no. El corazón tropieza con la trampa una y otra vez, lanzándose implacablemente hacia la caída y luego trepando con uñas y dientes en dirección a la recuperación, trepando por la pared rocosa de la supervivencia y la resistencia incluso en la desesperación más negra y en la ceguera más absurda. El eclipse del corazón ahora había extendido irrevocablemente su manto de oscuridad sobre cada gesto mínimo, cambiándolo todo. Cada gesto y cada sabor respiraba procediendo al ritmo de esta bradicardia, una canción de cuna amorosa en la menor, la nota de la melancolía... boom... boom... boom... boom... siento la presión arterial débil, ahora estoy bajando de tono, ¿qué me pasa? ¿Qué daría ahora sólo por una dosis! ¿Qué más me queda de esta vida? ¿Qué puedo todavía mandar a la mierda y empeñar en la causa que no le haya vendido ya al Diablo? Me había convertido en una viuda negra con el tiempo y saludé de esta manera, con el dedo medio levantado en señal de joder, con estos modales, los únicos y los únicos que realmente conocía, ¿qué exactamente? Talento sobre talento, de cosa hermosa en cosa hermosa, un tren perdido tras otro, dejé que mi vida fluyera así, encontrándome siempre y para siempre en la primera fila del *funeral* de cualquier tipo de alegría o potencial que me preocupara un poco. Dejé mis estudios en el conservatorio, podría haberme convertido en la nueva Martha Argerich a pesar de tener las habilidades y de que el Fuego Sagrado para la música no me faltaba, pero la academia me apretaba, a mí que quería crear mi propia banda y tocar Led Zeppelin y Nirvana, además de Schubert, Schumann o Bach. No había demasiado espacio para un Chelsea Wolfe, una Diamanda Galás o una Nico de turno que también amaba el mundo clásico, y a veces sólo necesitaba jugar para calmar la tormenta que arreciaba dentro de la mente al revés, confundida por mil preocupaciones y tormentos, semejante en un cierto sentido a una bola navideña en plena agitación: arriba y abajo, en equilibrio entre los altos y bajos, en el aire entre los blancos y los negros de una *escalera* que reservaba muchas veces satisfacciones violentas, alegría ardiente, pero al mismo tiempo acompañada por demasiado sufrimiento y desilusión. Me gustaba que todo fuera tan reciente, que mezclado y descompuesto en la memoria salpicara la impresión de una vida a parches, destellos, como manchas de Rorschach expandidas en los lagos de mi conciencia, escribiendo nuevas formas en la superficie de las cosas y ondulando continuamente la visión de los hechos. Me sentí arrullada por el movimiento enfurecido de esa película loca que giraba y rodaba debajo de mí, y me reía de ella flotando en un diminuto bikini, como una pobre idiota estrellada contra un bote color flamenco en una jodida piscina, bebiendo un refresco cualquiera en lata con la conciencia de saber que no necesitaba ningún maldito tapete para flotar en medio de las cosas. La película seguía fluyendo imperturbable bajo mis ojos, la salinidad del agua de la piscina era tal que me asqueaba y podía muy bien dejar el flotador, ya que mi vida se componía solo de sal en las heridas y, de hecho, estaba nadando en el Mar Negro de mis años sin tener ni siquiera un recuerdo. La conciencia de que estaba a punto de desmayarme me vino así, en medio, brotó tanto, en el montón de cosas, inspirada por error por el beso del labio en el vidrio frío de las puertas corredizas y el bullicio *estriado* del altavoz que se expandía y extendía por todo el vagón anunciando una avería



inminente que habría obligado al tren a detenerse en la primera parada disponible. Joder... la cita con el médico... y luego otra vez el mar.

### *El plano subjetivo de Gavano*

14: 15. ¡No, no puede ser, dime que no es verdad! No, no, no. ¡Mierda, no! ¡Justo hoy que tengo la audición la línea tenía que romperse! La voz de la cinta de megafonía seguía recorriendo sus círculos concéntricos en señal de repetición del desmerecimiento, sin culpa y lejos de toda responsabilidad. Empiezo a acercarme a las puertas corredizas del tren que aún estaba inconsciente, dulcemente dormido a ambos lados del andén esperando recuperarse del desmayo ocurrido hace un rato y que, ¡ay de mí!, había trastornado todo. Yo no tenía coche y no contemplaba abandonar de manera tan rápida la idea de una recuperación milagrosa e inesperada del vehículo, la cual me hubiera sido tan conveniente, ya que habría tenido que ir a una audición muy importante para mi carrera que no se puede seguramente definir deslumbrante y consolidada. Las ofertas de trabajo eran pocas en estos meses y yo no era seguramente un nombre destacado en el mundo del balé para poder descartar o aceptar, de buena gana o no, el contrato de turno o lo que me pasaba de vez en cuando a la mano. ¡Basta! Estaba totalmente convencido de que el milagro estaba casi para cumplirse y que el tren estaba a punto de revivir del coma en el que se había hundido por quince minutos abundantes. La impaciencia me hizo sollozar como el arco en contacto con las cuerdas del violín, convirtiendo cada segundo en algo no tan diferente de la gota que escapa de los labios de un grifo para romperse en la reverberación y el eco de un estallido en el fondo del fregadero en la quietud anestesiada de una cocina aún silenciosa y muda.

Estuve apretado contra las puertas corredizas por un rato más cuando un suave sollozo había hecho que esa boca celosa vomitara, de repente y en un solo golpe de tos, entre muchos y muchas a ella. Miriam volvió a mí así. La prueba de que el pasado nunca pasa del todo estaba ahí frente a mí aturdida y marchita, y la verdad cayó sobre mí de repente sin necesidad de buscarla bajo la apariencia de una chica de veintisiete años que una vez amé, pronto olvidé y no protegí, y que ahora estaba allí de nuevo, derramada en mis brazos como el golpear duro y fuerte de la lluvia sobre las espaldas. Yo la había iniciado en las drogas y la había tirado como una bagatela en medio de aquella temporada en el infierno, cuya boca acababa de *escupirla* llena de baba, con las manos sudorosas, la voz quebrada que temblaba dentro de una silabación salpicada y confusa, pero con la misma mirada de siempre. Aunque envuelta en delirios y convulsiones, había logrado reconocermé y me había sonreído lo mejor que pudo, todo el tiempo que pudo. Multitudes de paparazis improvisados se abalanzaron sobre ella con sus teléfonos celulares desenfundados, cada uno reclamando su libra de carne: la escena era muy tentadora, se prestaba al fetiche pornográfico del saqueo viral, y nadie allí para publicar sin parar una historia o un *reel* en Instagram, un *live* en Twitch, o un estado de WhatsApp.

Yo sigo estando limpio desde hace dos años, en realidad tres en seis meses, y ella todavía está luchando con esta mierda. Qué trucos extraños juega el destino a veces, ya que fui yo, no otros, yo, solo yo, quien le lanzó esta maldición y luego la dejé cuando las



cosas se salieron de control, y de la transgresión pasamos en un momento a la adicción. No podíamos prescindir el uno del otro, hacíamos todo juntos, y es a partir de esta premisa que Miriam comenzó a drogarse, siguiendo inconscientemente las reglas de una promesa que nos hicimos hace años basada en un sólido pacto de mentiras mutuas: "Si tú lo haces, yo también lo haré, y en caso de que queramos pararnos lo haremos juntos, no tienes que preocuparte para nada. La vida es nuestra y la construimos con nuestras manos y esto es solo un dulce escape del aburrimiento, un juego, una broma... Cuando queramos podemos salir de la dependencia. ¡Somos nosotros quienes la usamos y no ella quien nos usa! ¡Tenlo en cuenta!". En cuanto a quién usó a quién, no estaba bien señalado ni siquiera dentro de nuestra historia, y el exceso de tal descuido se vio más que nunca aquella vez en que ella estuvo a punto de perder la vida para conseguir la dosis del día para ambos. En ese momento ella había comenzado a prostituirse, y así accedió a rodar una película porno para llevarme a casa la cuantiosa recompensa, como haría un perro fiel por su amo, pero no todo salió como estaba previsto, decididamente no. La película en cuestión resultó ser un *snuff movie* y Miriam salió sólo gracias a un lazo no demasiado apretado del traje de látex en el que pacientemente la habían aprisionado nudo tras nudo, correa sobre correa, disfrutando así del preludio de la masacre, con lentitud y sadismo en una búsqueda estética y extasiada retorcida y perversa. No sé cómo se defendió o qué hizo con exactitud, pero logró igualmente volver a mí, a pesar de todo y a pesar de que sustancialmente la había entregado por dinero a dos locos como una vaca para el matadero. Tenía la mandíbula rota, el tabique nasal destruido, quemaduras de cigarrillo, cortes y hematomas por todas partes, una lesión en la muñeca desplazada y tres costillas fracturadas. Y parecía una aparición verla ahora, aunque en este estado, porque fue en el curso de esa misma noche en nuestro apartamento que decidí que no quería saber nada más de ella, que me alejé de su vida de la manera más vil posible. Probablemente ha llegado la hora de pedirte disculpas, Miriam, y empezar de nuevo desde donde dejamos...

#### MANOLA (16:37 – 17:05)

Zapatillas rojas que pisan bajo la lluvia, tacón contra tacón, un-dos-tres, un-dos-tres, luego, otra vez la lluvia y el tacón, siempre el tacón, tacón contra tacón, un-dos-tres, un-dos-tres. Los pies se mueven siguiendo la apertura alar de un parabrisas, similares a aquellas tijeras que se abren y luego convergen en la acción de cortar. Engaño el tiempo y mato la vida así, al son de repeticiones inútiles y veleidosas, entre un charco y otro, dibujando ideogramas indescifrables sobre el agua espumada de un andén mientras quedo a la espera, encerrada en mi dolor, un dolor que olía a *Chanel n. 5* y me apretaba a sí con la sutil complicidad de un traje demasiado estrecho y un collar de perlas de agua dulce. Siento fibrilar en las narinas la llegada del *ave del terremoto*, aquella sensación amortiguada y silenciosa que es el preludio del temblor, descrita tan curiosamente por Tancredi mientras estábamos agachados bajo la mesa de un restaurante de Osaka y la tierra seguía impertérrita estremeciéndose. En aquella época, sus absurdas palabras eran tan confortables, lograban fortalecer cada pedazo disperso de mí, por una u otra



razón, a lo largo del curso de una existencia que me veía afluir y confluír como algo suyo. Ser una buena mujer, sonreír y asentir cuando lo exigen, ni demasiado ni poco, llevar faldas de tubo el domingo para los paseos, andar con una elegancia innata sobre zapatos horribles e incómodos, pero que gustaban mucho a Tancredi, o deslizar a su voluntad de la provocadora geisha en la intimidad al castigado ángel de la casa para presentar a amigos y colegas. Todo esto procedía de la educación sentimental ofrecida por él en estos últimos años, quizás años luz, lejos de Río. Veo ahora el tren pasar delante en una flecha sinuosa e hipnótica, casi parecida a un paño de seda que termina su voltereta en el borde de una lama para deslizarse en el suelo a medias, con la conciencia tan cierta de no ser más tan solo uno, sino dos, ya no solo, íntegro e inviolable, sino pedazo, parte de una ruptura, en otras palabras, trizas. El *ave del terremoto* batió sus alas sobre mí. En tan solo un golpe la vuelta de la ola me atropella, ofendida y repujada inmediatamente por la parada rasgada de los frenos sobre los carriles y, de repente, me encuentro observando a otra mujer: el rímel diluido y derretido en una acuarela se me explota en la cara sin ninguna caridad, por el tiempo que me habría derramado encima aquel chorro de agua fétida, aparentemente tan banal y de alguna manera necesaria, una ducha fría, como se suele decir, que continuaba hurgando en lo hondo convirtiendo mi edad tan acentuada y definitiva, emergiendo allí delante de todos, sin peros, como el hueso que sobresale bajo la carne por la delgadez. La inapelable sentencia por lo tanto pronunciada, culpable. Sí, culpable, Manola, por no tener veinte años, por aquel pecho a punto de desmoronarse, sólo cuestión de tiempo, por aquellos brazos flácidos a pesar del gimnasio tres veces por semana, por aquellas manchas en la piel que iban multiplicándose poco a poco, por la falta de aquel *lifting* y aquel maldito *botox* sobre el que todavía no estaba de acuerdo. Todo pasa en un instante, y tú también has pasado, Manola, enjuagada por la espuma abrasiva de aquel andén en una estación de provincia mientras esperabas, qué. Vamos, dímelo, ¿qué esperabas, Manola?

Me cuesta confesarlo incluso a mí misma, pero sí, estoy embarazada. Una bruja durmiente había sido provocada y burbujeaba, se retorció en la maraña con su propia vergüenza, colapsando sobre sí misma con el pelo hacia adelante, la nuca desnuda, expuesta casi a la manera de un sauce. Anémonas, que flotaban pesadas y con las puntas abiertas, encuadraban un rostro de piedra sin ningún maquillaje para mostrar, limpiado de cualquiera defensa, simple y tristemente a merced. Espiaba el mundo desde las fisuras limosas y torcidas de aquella masa que se interrumpía a ratos para hacer que mirara y, entonces, miro: me miro, allí, nudosa y atornillada al igual que un árbol secular a sus raíces en la imposibilidad de un salto, bien plantada en el suelo, esperando solamente que la abertura de las puertas del vagón me descongelara de la estasis, a la que era imposible desobedecer. El hechizo parece aflojarse, de alguna manera, y vuelvo a poseer mis pies. Muy pronto el desconcierto había dado paso a la física y, en una fracción de segundo, me encuentro saltando en la boca de la segunda clase sin casi enterarme. Paso la línea, supero el límite, estoy por hacerlo, falta poco, solo un paso aún. Al abstenerme del homicidio sólo se interpone una ridícula ranura, la de la puerta corredera, en la que el tacón del zapato decide enredarse. Mi voluntad es más fuerte, no soy la bailarina *enloquecida* de Andersen, mis zapatitos rojos me obedecerán, así debe ser y así será. ¡Se me ha roto el tacón, mierda!



Odio todo esto. Odio, odio y odio. Odio sobre odio. Me he sentado con aquella intención, la de aniquilarlo, de erradicarlo de mí, porque... pues porque... bueno, igual un porqué no hay en este infame pensamiento. Lo que sé con seguridad es que no quiero sentirme así, en el modo en el que tú querías que yo fuera, en la que esperas tú también, de una manera u otra, de plasmarme, definirme, joderme y, por último, suavizarme. El *Chanel* me está volviendo loca, puedo olerlo en mí de una forma insoportable, probablemente una microbiana señal de la transformación que ya estás realizando en mí. ¿No es así? Increíble, mi perfume favorito que se me marchita delante, también él me recuerda de que las cosas cambian, incluso las más bonitas, ni siquiera las más ciertas: el amor, el humo, el amor por el humo, yo.

A propósito de mí, ¿desde cuándo me he convertido en tan burguesa? ¿Desde cuándo he empezado a portarme así, no soportando el mínimo estremecimiento, ya sin bailar descalza como una encantadora de serpientes sobre las mesas de los bares mientras la música fluía al ritmo de unos movimientos desenvueltos y de una edad lista para ser bebida toda de un trago? ¿Desde cuándo ha sido posible empezar a vivir sin ella, la yo de solo hace algunos cuantos años, años luz lejos de Río, y convertirse en ella, otra ella, que a pesar de todo se quedará siempre conmigo sin ser más yo?, ¿Desde cuándo ha empezado a vivir en mi lugar la idea de Manola? Trato de perseguir desesperadamente y agarrarla de la espalda a aquella mujer que se me escapa enloquecida a lo largo de los pensamientos, herida y caída en duelo, un duelo que me está desfilando delante de los ojos, hecho de apuntes voraces, un cuadernillo mordisqueado de cuero y una pluma estilográfica que *picotea* nerviosa contra el papel al igual que un gavilán en busca de unos restos supérstites de una vida, la mía.

El *ave del terremoto* había batido otra vez sus alas sobre mí, un calambre por sorpresa hizo descarrilar mi mano del bolígrafo y el bolígrafo del papel, patinando unos pocos centímetros, hasta luego confrontarse con el inexorable frente determinado por el límite: el margen había estado *desbordado*, se había destrozado la presa por último. Una línea plana se había desenrollado en ese momento en la página y todo esto me hacía pensar perdidamente en ti, sí, en ti, mi hijo, en tu corazón ya formado y en el aliento corto que no sigue el ritmo, ya no patea mientras te mato. Perdóname por lo que estoy a punto de cumplir, pero no estoy lista para cambiar otra vez para ti, esta es la triste verdad, justamente porque si no te suprimo yo, ¿quién salvará a Manola?

---

**Benedetta Battimiello**

Università degli Studi di Milano

[benedetta.battimiello@studenti.unimi.it](mailto:benedetta.battimiello@studenti.unimi.it)

**Davide Guerriero**

Università degli Studi di Milano

[davide.guerriero@studenti.unimi.it](mailto:davide.guerriero@studenti.unimi.it)



## Fortunato

por Airin Coccoda Reggio, Anna Mika y Marta Sciarretta

Recuerdo ese día muy caluroso de julio en Roma, antes de mi examen de antropología. Estaba tan nervioso porque, aunque lo intentaba, no lograba memorizar los conceptos claves de la ideología de Malinowski. Repetía y repetía los apuntes sin prestar atención a lo que me rodeaba, cuando de repente pisé un diario que quizás alguien había perdido. Lo recogí, me puse a leer unas líneas y me di cuenta de que se trataba del relato de un hombre y sus primeras semanas en Lampedusa:

*Aquí me llaman Fortunato. La verdad es que no entiendo el porqué: dicen que se refiere a una persona a la que las cosas le salen siempre muy bien, pero la verdad es que hasta ahora solo he tenido que enfrentarme a lo peor.*

*Aquí es todo raro y al mismo tiempo sorprendente. Durante el almuerzo se oyen muchos ruidos, la gente está feliz y después de una hora todo se calla, solo hay silencio. Mientras los demás duermen, yo suelo andar por las calles donde las viejitas tejen sentadas fuera de sus casas. Aquí por la noche todos se reúnen en las plazas y en los bares, y suelen gritar y hacer tanto ruido que no logro dormir. Pero ¿No están cansados? Tal vez podrían dormir por la noche y trabajar por el día... Aquí todo está al revés.*

*Yo, al contrario, prefiero dormir, porque mis sueños me permiten volver a mi país y abrazar a mis seres queridos. Veo a mi madre que prepara la comida y a mi padre que vuelve del trabajo. Todo huele a familiar y me siento en paz con lo que me rodea. Pero, de repente, suena el despertador y todo desaparece y se desmaterializa. Otra vez estoy en mi cama, solo.*

*Miro la ropa doblada en la silla de mi pequeña habitación, busco la motivación para levantarme, vestirme y luego dirigirme a la cocina, donde está Tino esperándome para desayunar. A veces pienso que, si no hubiera sido por él, ahora incluso me resultaría difícil gozar de la comida.*



*La verdad es que la vida no ha sido tan amable ni siquiera con él: María, su mujer, se enfermó y murió después del nacimiento de su primer y único hijo, Antonio, que a los dieciséis años decidió dejar su tierra para encontrar fortuna al extranjero y nunca volver, interrumpiendo así la relación con su padre. Desde aquel momento, el hombre decidió dedicar su vida a ayudar al prójimo. Ya que vivía en Lampedusa, localidad de llegada y partida de prófugos, Tino tuvo la idea de convertir su pequeña y humilde casa en un lugar de acogida, donde esas personas pudieran sentir, otra vez, el calor de un hogar.*

*Tengo que apresurarme porque a las siete empieza mi turno de trabajo en el mercado central, donde me ocupo de la venta de fruta y hortaliza. Después de cinco horas bajo el sol, por fin llega el momento del almuerzo. Hoy estoy afortunado, es el día de mi plato favorito: pasta y judías. Miro el reloj: ya son las dos, tengo que ir al campo para ayudar a Tino a recoger las uvas. A pesar del cansancio físico, este segundo trabajo es más agradable, porque estoy en contacto directo con la naturaleza, amiga de toda una vida. Hoy es uno de esos días en los que siento la necesidad de ir al mar, sentarme en la playa y mirar el sol que deja espacio a la luna, fijándome en el horizonte y esperando ver la costa de África, aunque sé que solo es una ilusión. Pero ahora ya es tarde: es el momento de volver a casa para cenar y, por fin, descansar. El día ha terminado, mi cama me espera: quizás ella ha tenido nostalgia de mí.*

Estas palabras me habían conmovido tanto que me había identificado con Fortunato, olvidándome de mi vida privilegiada como estudiante universitario. Pero desafortunadamente, siguiendo con la lectura, me di cuenta de que faltaban unas páginas centrales, y solo pude leer el final de la historia:

*Hoy han pasado dos años y cuando me siento en la playa ya no miro el horizonte, porque siento que mi casa está aquí. Cada día, me levanto intentando adivinar el tema que la profesora de italiano nos propondrá durante la clase. Estoy tan feliz: el hecho de tener otra vez un libro entre las manos me da esperanza para mi futuro. Aunque confío en encontrar un trabajo más provechoso que los dos que tengo hoy, ya he aprendido a ver lo bueno que esta nueva vida me ofrece, día tras día.*

Intenté voltear las páginas, pero no encontré nada más. ¿Qué le había pasado a Fortunato en estos dos años? ¿Dónde encontró la fuerza para enfrentarse con sus miedos e inseguridades, dejando espacio a una actitud más positiva y esperanzadora? Solo él nos podría contestar.

Por lo que me concierne, yo ya había olvidado las preocupaciones por el examen de antropología. Solo pensaba en la historia de Fortunato, un hombre que había logrado encontrar otra vez un significado para su vida; una persona que, a pesar de todo lo que tuvo que aguantar, hoy ya es capaz de gozar de las cosas pequeñas, contrariamente a mí y a todos los privilegiados como yo. La verdad es que se trata de situaciones muy difíciles, de las que pocas personas logran salir. Sin embargo, ejemplos como el de Fortunato nos enseñan que la vida es un don que hay que respetar y celebrar cada día. Quizás mi perspectiva ahora va a cambiar... Intentaré disfrutar de lo que me rodea, sin preocuparme inútilmente por cuestiones fútiles.



Ya el sol está a punto de ponerse; tal vez Fortunato esté sentado en la playa mirando el horizonte y pensando en sus seres queridos, que estarán orgullosos de la vida que ha elegido para sí mismo y de la persona que ha llegado a ser.

No obstante, ahora hay que volver a casa para repasar. Cruzad los dedos por mí para mañana, y... ¡Qué la fortuna esté de mi lado!

---

**Airin Coccoda Reggio**

Università degli Studi di Milano

[airin.coccoda00@gmail.com](mailto:airin.coccoda00@gmail.com)

**Anna Mika**

Uniwersytetu Warszawskiego

[ab.mika@student.uw.edu.pl](mailto:ab.mika@student.uw.edu.pl)

**Marta Sciarretta**

Università degli Studi di Milano

[marta.sciarretta@studenti.unimi.it](mailto:marta.sciarretta@studenti.unimi.it)